

DE BUENAS LETRAS

Cenizas

JOSÉ ABAD De la Academia de Buenas Letras de Granada

Amadísima –en el relato homónimo– muere en Madrid, lejos de Granada, y deja como última voluntad a sus herederos que la incineren y luego esparzan sus cenizas en el valle de Lecrín donde nació, intentando así cerrar un círculo vital que el azar cerrará a su antojo, tal es su costumbre, reduciendo a polvo nuestros más humildes afanes. En ‘Cenizas’ (Sonámbulos Ediciones), el más reciente libro de relatos de Alfonso Salazar, ese polvo que seremos se presenta de modos muy distintos. En ‘Mil pesetas’, un tal Manolo enciende un cigarro con un billete de diez mil pesetas –¿se acuerdan de ellos?– para estar a la altura de una idea de hombría ya anacrónica entonces, cuando aquellos billetes eran de curso legal, cuyas volutas calcinadas irán a sumarse a la mugre de sus za-

patos. En este libro arden billetes, arden las cosas, arden las casas. En ‘Pirómano’, ambientada en los tiempos de la dictadura franquista –pues dictadura fue, hemos de repetirlo–, un joven vuelve al pueblo de donde eran originarios sus padres, rojos represaliados por la horda del dictador –pues dictador fue–, y se gana la confianza de la actual inquilina de la casa familiar para así pegarle fuego y reducirla a escombros; la venganza es un plato que a menudo se sirve caliente.

Hay muchos incendios en esta obra, físicos unos, simbólicos otros. En las hogueras encendidas por Salazar arden materiales altamente inflamables: el amor, el odio, el deseo, el dolor, el error, etc. En ‘Heredera’, la chispa la prende el resentimiento, cuando Mariana se da el gusto de entregar a las llamas las po-

cas pertenencias que ha recibido en herencia de una amante de su ex marido; un modo como cualquier otro de desquitarse por los muchos cuernos que él le puso. En ‘La voz del ventrílocuo’, en cambio, es el miedo a lo desconocido lo que lleva a unos pueblerinos a quemar un muñeco inocuo que han hallado flotando en el río. A veces lo que arde es el extravío: en ‘La mortaja’, un cuento francamente divertido, dos mujeres entieren vestida de faralaes a su madre, que guardó riguroso luto toda su vida. Las cenizas son un vestigio de lo que una vez fue y ahora, extinto el fuego, nada queda. Alfonso Salazar ha hallado la metáfora idónea para estos tiempos nuestros, cutres y apocalípticos. Algunas cenizas son tan vivas que aconsejo pasar las páginas con cuidado para no mancharse los dedos.